



Aviso Legal

Capítulo

Título de la obra:

Los nombres del exilio

Autor:

Oliva Medina, Mario Roberto

Forma sugerida de citar:

Oliva, M. R. (2022). Los nombres del exilio. En A. Santana y L. Castañeda (Coords.), *Destierro y exilio iberoamericano* (21-35). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en:

Destierro y exilio iberoamericano

Diseñadora de forro:

Brutus Higuita, Marie-Nicole

Diseñadora de interiores:

Martínez Hidalgo, Irma

ISBN:

978-607-30-6034-9

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS NOMBRES DEL EXILIO

Mario Roberto Oliva Medina

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. Y aunque es cierto que la literatura y la historia contienen episodios heroicos, románticos, gloriosos e incluso triunfantes de la vida de un exiliado, todos ellos no son más que esfuerzos encaminados a vencer el agobiante pesar del entrañamiento. Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre.

EDWARD SAID

Lo que sigue es una aproximación en extremo parcial y personal de lo que nos sugiere el exilio, como fenómeno histórico social y como literatura, no tengo pretensiones analíticas o altamente reflexivas, me limito a exponer una problemática a partir de las indagaciones que hemos desarrollado en los tres últimos años, acompañados de un grupo de jóvenes investigadores y colegas.¹

¹ Principalmente mis propias indagaciones acerca de algunas figuras del exilio chilenos en Costa Rica, en el marco de un proyecto colectivo que preparamos junto a los jóvenes académicos Marcela Ramírez, Diana Rojas, Ronaldo Obando y Marcelo Valverde. De igual modo los trabajos que iniciamos con el doctor Germán Chacón sobre el exilio costarricense en México bajo el impulso y diálogo con el doctor Adalberto Santana, la doctora Laura Moreno, el doctor Francisco Mejía y el doctor Hugo Martínez. Todo lo anterior nos ha permitido acercarnos a una amplia revisión de textos de variadas disciplinas que intentan acercarse a este fenómeno y articulando nuestra percepción a dicho tema.

No es posible hoy hablar o pretender decir algo sobre el exilio sin mencionar la enorme inflación de ensayos, artículos, libros, documentales, películas, expresiones plásticas y otros tantos que tratan el tema del exilio, en el área de las letras o más específicamente de la literatura, es donde se encuentran los primeros y más lúcidos acercamientos, las ciencias sociales han incursionado más recientemente, sus aportes se han realizado desde diferentes ángulos y alcances. Así las cosas, hoy es casi imposible estar al tanto de todas las contribuciones, acercamientos, reflexiones al tema y sus derivaciones.

De lo anterior se desprende que estamos frente a una intertextualidad que, como bien dice el semiólogo Gérard Genette, desarrollamos textos que descansan en una perpetua contaminación con otros textos. Hace ya casi 40 años invitaron a Julio Cortázar para hablar sobre exilio y literatura. Él introdujo su participación con estas palabras que pido prestadas: “es una sencilla intervención a un problema de infinitas facetas”. Sencillez acá no es simplificación, por el contrario, creo que debemos intentar escapar a la tentación de la simplificación del pensamiento.

En primer término, recordamos que la experiencia del exilio a lo largo de los siglos es interminable. Sin embargo, este cambia. Se modifican sus dimensiones, sus acentuaciones y desequilibrios. No cabe duda de la importancia de los condicionamientos históricos que modelaron en su día una experiencia tan específica, tan inexplicablemente unida al devenir político y social de los pueblos.² Se trata entonces de un tema con dimensiones globales, diríamos hoy, como lo muestran de igual modo su dimensión literaria y de una íntima asociación del devenir con la permanencia.

En el libro *Tierra ajena*, escrito por Josep Solanes (psiquiatra venezolano que combatió en la GCE y luego exiliado en Francia [1909-1991]). El autor reflexiona sobre el exilio, acotando su antigüedad y actualidad. Texto que ensaya sobre los exilios que nos interpelan, sobre la condición del hombre como ser perdido, sobre su necesidad de arraigarse, de definirse en un espacio y un tiempo, salvando la intemperie a la que todos estamos expuestos.

² Claudio Guillen, *El sol de los desterrados*, Barcelona, Cuaderns Crema, 1995, p. II.

En el prólogo del libro, Mónica Miro advierte que Solanes propone un enfoque clínico del exiliado tomado como entidad psiquiátrica. No se trata de englobar la cuestión en lo mórbido: no es el exiliado, a priori, un paciente. Muy por el contrario, la intención es poner la mira en ese ser en estado de excepción que es el ser exiliado ya que, afirma, se halla en la encrucijada de lo normal y lo patológico, de lo orgánico y lo espiritual, de lo individual y lo social. Ese encontrarse en la frontera entre lo enfermizo y lo sano, entre lo trágico y lo racional.³

El viejo Henry James, padre de William y Henry, afirma rotundamente que el mayor servicio que Eva presta a Adán consiste en echarlo del Paraíso. En otras palabras, sólo después de haber perdido el paraíso empieza el hombre a convertirse en sí mismo (del anaquel Mircea Eliade).

En *Tierra ajena*, libro fundacional sobre el exilio (al que acudiremos repetidas veces) con influencia y precursor de muchos estudios, sobre todo por la enorme capacidad de relacionar diversos saberes a la temática, así nos explica este primer momento: Eva con Adán fue ciertamente expulsada del Paraíso, ese glorioso jardín. Ahora bien, ya no es de un vergel sino de una tierra nada edénica que, al matar a Abel, se siente rechazado Caín. “Ora perseguidos ora perseguidores”, los hombres no cesan desde entonces de expulsarse o de ser expulsados, y tanto de tierras fértiles como de desiertos; “no ha habido más que un Paraíso, los exilios son incontables. Y no se sabe ya si los destierros son el castigo del crimen o una forma nueva, que se quiere suavizada, del fratricidio. Tal vez no sean, simplemente, sino la ilustración de las palabras de Jehová que Moisés se encargó de transmitirnos a todos: Mía es la tierra. No sois para mí sino extranjeros y peregrinos”.⁴

Muy extendida, de origen muy antiguo, la idea de no estar en nuestra casa sobre esta tierra se encontraría en religiones muy diferentes a las judeocristianas, y ciertamente no queda inexplorada en la literatura profana: algunos de sus reflejos pueden incluso descubrirse en la prosa científica. Anaxágoras, al preguntársele dónde estaba su patria, señaló hacia el cielo. Después de Cristo, el emperador Marco Aurelio escri-

³ Josep Solanes, *Tierra ajena*, pról. de Mónica Miro, Barcelona, Acantilado, 2016, p. 11.

⁴ *Ibid.*, p. 29.

bió que “la vida es una guerra cotidiana y una breve estadía en país extranjero”.⁵

En el siglo veinte Ortega y Gasset observa: “que el hombre existe fuera de sí en el otro, en país extranjero”, el hombre es por esencia extranjero, emigrado, exilado”. Conviene citar a un contemporáneo de Ortega pero opuesto a él: Sartre, de quien basta su frase célebre: “estoy condenado a ser libre”, que aparece en *El aplazamiento* como corolario del pensamiento inmediatamente precedente: “la libertad es el exilio”. Y en el mundo de la biología hay que citar una frase de Hipócrates, que dice “el acto de nacer es presentado como caída en un más allá extranjero”.⁶

Los niños desde hace siglos se entretienen en el juego de escapar y perseguir y escapar. Y desde hace siglos los hombres vienen, sin jugar, ahuyentando y huyendo, huyendo y ahuyentando. Huir, decía Víctor Hugo, “huir, este monosílabo contiene abismos”.

Al ser el exilio un fenómeno específicamente humano, puede observarse en la naturaleza, en los animales, los árboles, las plantas [...] afirma Solanes: “Entendemos cuando se oye hablar de desarraigo, de seres a quienes se ha arrancado de su tierra y se les ha extirpado como mala hierba; de algún modo habrá entonces que trasplantarlos, su vitalidad se marchita, se ajan y hay que ocuparse de su reimplantación”.⁷

Para hacerse cognoscible, inspira en uno y otro caso imágenes, según las cuales los hombres viven la vida de las plantas, y donde las plantas se humanizan. Y con ellas, la tierra se humaniza.

Estas palabras o aquellas que corren paralelas son hoy de uso corriente tanto entre los literatos como entre quienes cultivan la ciencia. Se pueden ver en informes, estudios, congresos y otros.

Veremos ahora que exilio es un árbol que se da en la India, es originario de las islas del Caribe y es muy popular. Es pues un desplazado, un trasplantado, y lo es en verdad mucho más propiamente que lo otros desplazados, estos humanos desarraigados, de los que, como vemos, se ocupan este tipo de reuniones, congresos, coloquios y otros. Pero, como los hombres, las plantas, los árboles emigrados son muy

⁵ *Ibid.*, p. 30.

⁶ *Ibid.*, p. 33.

⁷ *Ibid.*, p. 36.

numerosos, tanto que hasta los diccionarios autorizan a hablar y no solo a los poetas de matas peregrinas. El agave o maguey, por ejemplo, que se encuentra hoy en todo el entorno del Mediterráneo, no es citado en *La Odisea*: no estaba en tiempos de Ulises, estaba en América.

No es pues solamente por no ser originario del país que en la India se llamó *exile tree*. También contó el hecho de que permaneciera allí solitario. ¿Serán entonces los exiliados como esos árboles que no hacen bosque?⁸

En cuanto a las representaciones zoomórficas, un aspecto resulta de ineludible notación: la tendencia al gregarismo que tantos exiliados exhiben. Durante los grandes éxodos se les ve desfilan en verdaderos rebaños, aun cuando vayan de uno a uno llegando al país-refugio, pocas veces dejan de constituir en él comunidades de escasa permeabilidad que llaman la atención. Solanes se refiere a los grandes éxodos históricos de la humanidad, no tuvo tiempo (lo que llevamos del siglo XXI) para observar y analizar la tragedia que sufren hombres, mujeres, niños, ancianos por toda la geografía planetaria en la actualidad, donde son desplazados por violencia, credos, religiosos, raciales, sexuales o cualquier otra diferencia, estos éxodos desfilan como manadas de animales, pasan delante de nuestros ojos diariamente, y en ocasiones no somos capaces de alzar la vista, ni qué decir de lo lejos que estamos de generar movilizaciones solidarias al respecto.

Los desterrados manifiestan, pues, una fuerte tendencia a juntarse, pero no debe uno engañarse: en esos barrios que en las ciudades de adopción escogen para concentrarse y de los que no se quieren mudar, cohabitan penosamente.

Leones, perros, conejos [...] sobre todo entre aquellos que los ridiculizan y ofenden, sin alcanzar el terreno humano No es, sin embargo, entre los mamíferos que el exilio ha encontrado las representaciones zoomórficas que mayor conocimiento han alcanzado. Los cisnes han sido promovidos por grandes poetas franceses al rango de arquetipos del exilio.

Uno de ellos es Baudelaire con su “gran cisne” de “gestos locos”, extraviado en el espacio para él radicalmente absurdo de la ciudad bajo un “cielo irónico” batiendo alas en el polvo. Este cisne es “como los

⁸ *Ibid.*, p. 41.

exiliados, ridículo y sublime” y no es quizás en el exilio que se puede ser verdaderamente ambas cosas.⁹

El otro poeta es Mallarmé, cuyo cisne, el del “exilio inútil” atrapado en el hielo “de un duro lago olvidado”, sufre también del espacio: “esta blanca agonía por el espacio infligida. Este cisne va a permitir al poeta expresar en un solo verso todas las frustraciones del exilio puesto que el destierro es el lugar en que, todos los días, todos los años, se saca la cuenta de lo que habría podido ser y no ha sido. De un sitio semejante se puede hablar muy justamente como del “transparente glaciar de vuelos que no volaron”.

Los pájaros, en fin, los que han sido asociados con el exilio no solamente por los escritores, sino por los pintores.

Muchas posibilidades tenían en realidad los pájaros de ser escogidos ¿No evocan acaso a la vez la libertad, ya que son “libres como el aire” y el hogar, el nido “con toda su dulzura maternal”?¹⁰

Singularmente expresiva resulta ser, entre todas las representaciones del exilio, la que se atribuye en el *I Ching, el libro de las mutaciones*, tan viejo que se ha llegado a suponer el más antiguo de China. En él, en la figura 56, la de Lu, el Andariego, se da el exilio con la “imagen del pájaro al que se le incendia el nido”.

Nos vemos pues conducidos a pensar que si se ha dado tanta figuración a las aves en los textos de destierro es porque, más claramente que otros animales, dan testimonio de la grandeza y la miseria del instinto: grandes migradores, los pájaros son viajeros que saben encontrar en el cielo su lugar de nacimiento y llegan al viejo nido recorriendo a veces miles de kilómetros: hay, sin embargo, otras aves, sedentarias, humildes huéspedes de corral, que no alcanzan ni siquiera a conocer a su madre.¹¹

Los etnólogos no hablan ya de instintos sino de mecanismos innatos de comportamiento, desencadenados invariablemente por ciertos signos percibidos en determinados momentos por el animal en su entorno. Shakespeare se servía todavía de la palabra instinto. No debe-

⁹ *Ibid.*, p. 50.

¹⁰ *Ibid.*, p. 51.

¹¹ *Ibid.*, pp. 52 y 53.

mos, sin embargo, reprochar a un escritor la ignorancia del lenguaje de los científicos que vivirán trecientos años después de él.

En el curso de nuestra vida encontramos a otras personas que amamos, otros cielos y ríos, otros paisajes. Los recordamos luego con ternura y placer; no despiertan nunca, sin embargo, en nosotros, el sentimiento que acompaña a la evocación del marco en que tuvieron lugar nuestras primeras experiencias, vividas justamente en la edad en que somos especialmente impregnables, en los años, sobre todo, en que nos dejamos empapar por la lengua que escuchamos y que desde entonces llamaremos nuestra lengua. Se trata del sentimiento que florece en nosotros, el recuerdo “de gozo que buscaremos en otra parte”.

Para ilustrar esa búsqueda inútil hay que citar también las palabras de Cristóbal Suárez de Figueroa (contemporáneo de Shakespeare): “los que discurren de tierra en tierra —dice de los que huyen, en el extranjero, de una tierra a otra— en vano se mudan, por llevar enfermo el ánimo y antojadiza la voluntad, imitando al imán que jamás pierde de vista el Norte de quien es atraído”.

Como los patitos cuya mirada sigue siempre a la madre pata, como ese imán que “jamás” pierde de vista el “Norte”, así serán los exiliados. Y hacerlo notar es ya una explicación.

La mayoría de los diccionarios define el exilio en función del espacio, sin alejarse de lo que sugiere la etimología de la palabra. Exilio sería, en efecto, un derivado del latín *exiliare*: saltar afuera. A veces se hace, sin embargo, participar a la idea de tiempo en la delimitación del concepto. La *Enciclopedia Británica* nos dice que por exilio hay que entender “la ausencia prolongada” del propio país, impuesta por la fuerza de la autoridad”. Debemos creer que para hacer efectivo el castigo, se toma en cuenta más la duración que la ausencia misma.

El nombre de los que viven la experiencia del exilio cambia según las lenguas, según el punto de vista político o jurídico desde el que se le enfoque, según el momento de la historia. Los gustos personales y las preferencias de grupo vienen luego, ampliando más todavía un muestrario en el que se elige de modo a veces sorprendente. Si tantos nombres hay, ella será porque ninguno designa todo lo que, dentro del concepto, busca apelativo, pero digamos que esta inquieta búsqueda contribuye no poco a caracterizarla: con ella se manifiesta el

sentimiento de una transformación que el afectado no puede dejar de reconocer, pero que se resiste a sufrir pasivamente.

Tampoco Ovidio quería que se le llamara exiliado y hacía observar a todos los que podían leerlo que no estaba sino relegado. Mientras Sócrates prefirió la cicuta a la evasión de la prisión y el consiguiente destierro, alejado para siempre de su patria.¹² Para un ciudadano romano, el destierro, la deshonra, tal vez la pérdida de derechos cívicos, eran acontecimientos desastrosos.¹³ El Cid, expulsado de Castilla por el rey Alfonso VI, era un salido. Cuando, bajo otro Alfonso, a Unamuno le tocó el turno de escoger un nombre para sí, olvidó el *salido* y escogió *desterrado*. Los españoles que abandonaron su país en 1939 gustaron más de la palabra peregrino e hicieron aparecer en México una importante revista que titularon *España peregrina*.¹⁴

Recientemente, en un libro bajo la dirección de Mari Paz Baligrea, *Líneas de fuga*, donde se pretende indagar nuevas formas de estudiar el fenómeno que nos ocupa, se afirma: “las palabras exilio y exilado eran infrecuentes en el medio de los expatriados españoles, se decía destierro o emigración o bien desterrado, emigrado o refugiado”.

Lo cierto es que entre los expatriados fueron destierro y desterrado las voces que proliferaron a uno y otro lado del Atlántico, exilio y exiliado eran los menos empleados. La voz exilio se empleó como sinónimo de destierro desde principios del siglo XIII, pero su utilización fue ciertamente restringida y culta.

Durante la década de los cincuenta y en los primeros años de los setenta se llevó a cabo la sustitución paulatina del uso de la palabra destierro en beneficio de exilio.

Había que distinguir con palabras las diversas situaciones. Los republicanos condenados por la justicia del régimen franquista a abandonar las localidades en las que vivían y a establecerse en pueblos o ciudades del país que se le asignaron esos eran, por tanto, los verdaderos desterrados, los que cumplieron con la orden de “expulsión en que se condena a alguno privándole de estar en su tierra, o en otro lugar donde tenía su domicilio, por tiempo limitado o perpetuamente”.¹⁵

¹² Claudio Guillen, *El sol de los desterrados*, Barcelona, Cuaderns Crema, 1995, p. 19.

¹³ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴ Solanes, *op. cit.*, pp. 67 y 68.

¹⁵ Mari Paz Balibrea, *Líneas de fuga*, España, Siglo XXI, 2017, p. 40.

Muchos, incluidas las personas exiliadas, ya eran conscientes de que exilio y destierro eran palabras que designaban situaciones completamente distintas. La figura legal de destierro, aunque ideada para sancionar a quienes han cometido verdaderos delitos, nada tiene que ver con el significado de exilio, sustantivo con el que se alude a la salida del territorio nacional del ciudadano que, obligado por las circunstancias políticas y en prevención de las graves represalias de las que pueda ser objeto, decide mantenerse alejado de su patria mientras persista el régimen que lo obligó a abandonarla. En rigor, no procede por ello utilizar la palabra autoexilio o el compuesto sintagmático *exilio interior*, vocablos en cuya formación se han utilizado el prefijo redundante y equívoco en el primer caso y un adjetivo contradictorio con el sentido simple originario, en el segundo.¹⁶

Las razones semánticas derivadas de las especiales circunstancias políticas y económicas que se vivieron en los últimos 100 años fueron precisando el significado de destierro y desterrar, como sucedió asimismo con las palabras emigrado y emigración, utilizadas en muchos casos para designar a los exiliados (todo esto se puede seguir de manera puntual al son de las diversas ediciones de los diccionarios de la lengua española).

En una carta de 1852, Víctor Hugo se muestra indiferente en lo tocante a los nombres que se quisieran dar. Escribe en una epístola: “se me ha afrentado, proscrito, exiliado, expulsado, perseguido, ¿qué sé yo? Todo eso para mí es bueno”. Le da igual. El termino emigrado no figura.

El uso de neologismos es frecuente. Unamuno escribía a veces despatriado en lugar de expatriado, y José Gaos inventó la palabra transterrado, que fue muy bien acogida por los americanos. Cuando llegó la hora de los grandes exilios sudamericanos, el término fue adoptado por los antiguos anfitriones de los peregrinos y proscritos a su vez, Gonzalo Rojas, el poeta chileno, escribe su hermoso poemario *Transtierro*. Pero interesa referirse brevemente a la idea de “transterrado” popularizada por José Gaos a propósito del exilio español en México, que contrapone el filósofo español Adolfo Sánchez Vásquez, justamente cuando el exilio real, objetivamente, llega a su fin, el exilio

¹⁶ *Ibid.*, pp. 41 y 42.

permanece y dura, pues la persona exiliada “jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora de volver con el que soñó tantos años”.¹⁷ Y concluye: “lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino cómo se está”.¹⁸

Mientras, en España el periodista Francisco Umbral encontró que no había que llamarlos desterrados sino descielados, privados de cielo. Algún cristiano lo dijo de otro modo: desterrados del cielo y presos del infierno.

Otro neologismo es *desterrria*, significaría precisamente “tierra de exilio”. Muchos son los nombres entre los que el exiliado para designarse puede escoger como si, rico en títulos y calidades, muchas oportunidades distintas se le ofrecieran de personalizarse u darse lustre o de deslucirse a veces, ya que no siempre elige los más halagüeños apelativos. Sin embargo, en el país que le acoge, oficialmente no será más que refugiado.

La emigración económica no ha dejado de suscitar también testimonios interesantes. No abundan, es verdad, por lo que tenemos que su valor aumenta en razón de su escasez. Existen, sin embargo, documentos literalmente valiosos y socialmente preciosos. Los sentimientos que en ellos se manifiestan son, en lo esencial, los mismos expresados por los políticos: nostalgia agrídulce, la esperanza del retorno, el resentimiento contra quienes se estima responsables del alejamiento.¹⁹

Las otras personas exiliadas hoy suelen recibir distintos nombres: refugiados, emigrantes, excluidos, ilegales, expatriados, clandestinos. Raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social o, simple y llanamente, necesidad económica, en el fondo, negro sobre ciego, el oscuro espectro de la justicia emerge del pantano.

Estos otros exilios, que en general merecen poca atención, pueden resultar —como de hecho lo son— tan destructivos y despiadados como el exilio político.²⁰

¹⁷ Adolfo Sánchez Vázquez, *A tiempo y destiempo*, México, FCE, 2015, pp. 574 y 575.

¹⁸ *Ibid.*, p. 572.

¹⁹ Solanes, *op. cit.*, p. 81.

²⁰ Víctor Hugo, *El exilio*, México, UNAM, 2014, p. 20.

Exiliado está la persona y exiliada, la tierra. El que vive y los lugares donde lo vive constituye que puede verse como una medalla cuyo anverso sería el hombre y cuyo reverso sería este mundo en el que ahora existe.

Una diferencia importante y pocas veces advertida existe entre las emociones de la partida hacia el exilio y las del arribo a tierra de amparo. Ni acentuándolas ni suavizándolas las de la llegada empalman con las de la partida. Una estrecha zona de vacío, de silencio apenas poblado por un íntimo musitar, se interpone entre la vida que comienza a echarse de menos y otra por venir que no se sabría imaginar. ¿Cómo comienza? ¿Por qué habría de permanecer casi en secreto?

Tenemos que atender primero el carácter ampliamente comunicativo de las emociones de la partida.

Si las emociones de la llegada que contrastarían con las de la partida apenas se formulan, ello se debe sin duda a que son breves y, sobre todo, difícilmente comunicables. Lo son tanto menos cuanto que al mismo sujeto le resulta escasamente analizables: un suspiro, una interjección las resumirían sin explicarlas. El suspiro sería de alivio, la interjección de sorpresa. El exilio no podía ser sino pensado, temido, esperado [...] ahora es, se le percibe, se le experimenta, se le vive: se da en uno —dentro de uno— y al mismo tiempo afuera en el nuevo espacio.

El espacio del exilio es igualmente heterogéneo y no se vive como simple prolongación de lo anteriormente vivido. Para describir el espacio de ese mundo inesperado habría que considerar sus límites, su contenido. Su sentido.²¹ “pena de exilio es pena de desnudez” o “lo propio del refugiado es sufrir despojo” y Hugo, que tan a menudo hay que citar, decía que ser proscrito es “no ser nada, no tener nada propio, no tener ya nada sobre sí”. Y con la desnudez, escuchamos con frecuencia hablar del frío, cualidad de la ausencia: “todos los países son fríos cuando no son la patria”.²²

En el destierro hace frío y es de noche, se dice y se nos repite: la nocturnidad es otro tema que a los exiliados que escriben les gusta cultivar.

²¹ Solanes, *op. cit.*, p. 177.

²² *Ibid.*, p. 131.

Permítanme ocuparme sobre el pasado futurizante del exilio y finalizar con una nueva acepción correlacionada con lo que debemos entender cuando hablamos de exilio, esto es el desexilio.

Enfermedad fue la nostalgia. Con el nombre de banzo, la “*saudade* de África”, como la llama Gilberto Freire, afligió a los esclavos de las plantaciones brasileñas y con el mismo término que ahora conocemos, el académico *nostalgia*, fabricado tan solo a final del siglo XVII, hizo estragos en los ejércitos europeos durante las guerras napoleónicas; todavía en las últimas décadas del siglo XIX se presentaban comunicaciones a las academias acerca de ellas. Los médicos, sin embargo, ya no la diagnostican más.²³

El hecho de que la nostalgia sea una forma de aprehensión del pasado no significa de ningún modo que no se integre también al movimiento del pasado. Como la enfermedad se vive la salud, así en el exilio se vive el regreso. Tanto como al recuerdo retrogradante, los desterrados se sienten conducidos por la nostalgia a los anticipos de la esperanza. Es a través de la esperanza como el futuro se vislumbra, mas ellos son gracias a la añoranza. “Que aún alumbraba su cirio a la esperanza Reparadora”. Decía Quiroga Pla, para quien “esperanza y recuerdo son una sola brasa” el enfoque filosófico no se aparta mucho del poético en sus conclusiones. Jankelevitch, en su libro *Lo irreversible y la nostalgia*, veremos cómo en él el filósofo se ve conducido a observar que

la esperanza futurista constituye la esencia misma de la nostalgia preterizante. Ser presa del apasionamiento nostálgico significa no vivir sino para el retorno, pero no sería justo decir que la vida de la persona exiliada no tiene más objeto que el retorno: habría que decir que no tendrá objeto sino después que el mismo haya tenido lugar. En el regreso está la linde del futuro, el retorno es la condición a la que el porvenir viene a sujetarse: sin él no lo habrá.²⁴

Permítanme ir acercándome al final con la palabra desexilio, término acuñado por el escritor uruguayo Mario Benedetti, quien lo usa en varios de sus libros, entre ellos *Geografías* y más específicamente en

²³ *Ibid.*, p. 177.

²⁴ *Ibid.*, p. 184.

Andamios (una especie de crónicas del desexilio), también se encuentra en algunos de sus poemarios. En todo caso nace de su experiencia concreta como exiliado; bien dice Benedetti cuando precisa que el exilio es una decisión que otros tomaron por uno, en cambio, el desexilio es una decisión individual.

Desexilio, en el contexto de la historia latinoamericana y más específica del cono sur, se usa para designar el posible y arduo regreso de las personas exiliadas que ya comenzaban a deslumbrarse en aquellos países durante los años ochenta y noventa del siglo pasado.

La vuelta o el regreso está lleno de tensiones y contradicciones. Hay partidarios del regreso como los del desarraigo, ocurrió en Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, y muy probablemente en otras manifestaciones posibles.

Benedetti, en pleno momento en que vive aquella experiencia a inicios de los años ochenta, creía que todo dependía de la comprensión. Los de afuera deberán comprender que los de adentro pocas veces han podido levantar la voz, a lo sumo se habrán expresado en entrelíneas, que ya requieren una buena dosis de osadía y de imaginación. Los de adentro, por su parte, deberán entender que los exiliados muchas veces se han visto impulsados a usar otro tono, otra terminología, como un medio de que la denuncia fuera escuchada y admitida. Unos y otros deben sobreponerse a la fácil tentación del reproche. Todos estuvieron amputados: ellos, de la libertad, otros del contexto.

Una breve mirada a nuestros entornos contemporáneos es ciertamente la era de los refugiados, de la persona desplazada, de la inmigración masiva. Como acertadamente manifiesta Said:

el exilio no es ni estéticamente ni humanísticamente comprensible: como máximo la literatura sobre el exilio objetiva una angustia y unos apuros que la mayoría de la gente rara vez experimenta de primera mano; pero pensar en el exilio como algo beneficioso para las humanidades que informa esta literatura es trivializar sus mutilaciones, las pérdidas que inflige a aquellos que las sufren, el silencio con que responde a cualquier tentativa de entenderlo como algo “bueno para nosotros”.

Juan Gelman escribe a propósito de la poesía, si bien esta no cambia el mundo, el mundo no es capaz de silenciar la poesía. Con lo que, con

esta mutua imposibilidad, tampoco debería haber silencio. ¿No es acaso esto que debemos hacer con nuestras investigaciones sobre el exilio o mejor dicho, los exilios que son hoy un asunto que sufren millones de personas arrancándoles del sustento de la tradición, la familia y la geografía?

Aún con todo lo anteriormente dicho, no dejan de sorprender algunas reflexiones que deben considerarse como pioneras y de una enorme posibilidad de despliegue en positivo. Trataremos de explicarlos, aunque sea brevemente. Seguramente estaremos más o menos de acuerdo en que el siglo xx nos despojó de un pensamiento esperanzador, quitándonos los sueños de sociedades más libres y justas. Hannah Arendt, una de las pensadoras que vivió el exilio de posguerra, y una de las mujeres leídas y releídas más importantes en la actualidad, a pesar de que de estar a varias décadas de su muerte (1975), declaró en su día al apátrida como un nuevo tipo de ser humano que anticipa el futuro de la sociedad mundial.²⁵ ¿Qué quiso decir esta extraordinaria pensadora? ¿Un nuevo sujeto histórico en la época del borramiento del sujeto? Los estudios más recientes ponen atención a las grandes catástrofes del siglo xx y lo que llevamos del nuevo siglo dando sustento a las premoniciones de Arendt. Si algo caracteriza los nuevos tiempos es la constante expulsión de enormes grupos de personas y se intenta buscar los aspectos positivos de estos movimientos. Para revalorizar el fenómeno de expulsión, Linda Maeding, reflexionando sobre la obra de Arendt, observa la condición social del paria: es una imagen central, o más bien una mónada, del pensamiento de la autora, ella misma es una apátrida durante años. En ella se entrecruzan y se dejan descifrar cuestiones políticas, ideológicas, estéticas y también biográficas, por lo cual se puede afirmar que el paria pone de manifiesto una elaboración productiva de la experiencia del exilio por parte de la propia filósofa que, como sabemos, incluyó varios países.²⁶

Por otra parte, sostiene Maeding, el paria designa a personas que se encuentran fuera, al margen del orden normativo y de la comunidad mayoritaria en la que se anhelan entrar. Pero si desplazamos la pers-

²⁵ Marisa Suan y Mónica Rius [eds.], *Ex Patria*, Barcelona, Icaria, 2017, p. 17.

²⁶ Linda Maeding, *Ex Patria*, Barcelona, Icaria, 2017, p. 18.

pectiva para ese estar excluido del paria como estar en otro lugar, nos acercamos a lo utópico que es capaz de generar esa figura.²⁷

Lo anterior abre enormes caminos de reflexión del paria como posible vanguardia. Para Arendt ahora el refugiado, y más específicamente el apátrida, es el paria del nuevo orden político global. En otras palabras, si el exilio implica muchas veces formas, modos, maneras de comunidad y cultura alternativas, el exilio exige una reflexión sobre un nuevo orden de relaciones sociales, con lo cual no solo implica una experiencia de pérdida, sino también un impulso utópico que sirve para imaginar otros tipos de comunidad no condicionados por el corsé del Estado-nación.²⁸

²⁷ *Ibid.*, p. 18.

²⁸ *Ibid.*, p. 18.